

## PREDICADORES

Encomienda a Yahvé tu camino,  
Y confía en él; y él hará.  
(Salmo 37: 4,5)

Es muy corriente entre nosotros y en los más doctos citar con frecuencia versículos de La Biblia, para afirmar alguna idea espiritual y basarla en los escritos bíblicos. Buena cosa si se hace con la unción que se debe en el caso de la Palabra de Dios.

A veces somos de lo más inconsecuente, cuando formamos un cuerpo de doctrina a base de versos desconectados entre sí, y a veces sacados de su contexto natural. El caso es que, por lo que sea, manejamos la Escritura para demostrar algún punto de nuestro interés, pero no hacemos cuenta del contenido que esta cita tiene para nosotros que la erogamos.

Cuando la Escritura nos da una cita, es necesario antes de lanzarla al viento, mirar que significa para nosotros y en que grado nos compromete antes de lanzarla sobre los oídos de alguien. Es corriente ver predicadores que despliegan un conocimiento y una destreza suprema sobre un asunto espiritual, pero observamos que sus palabras no le llegan a él mismo.

De esta forma, se hacen cientos o miles de predicaciones que, al no ser asumidas y subsumidas por el que habla, carecen de fuerza espiritual y no comunican sino una impresión momentánea, condenada a desaparecer tan pronto como el que oye abandona el momento que vive en el acto de la predicación.

Es natural que así ocurra, porque no se puede transmitir el Espíritu si no se tiene; la predicación deviene en un mero vuelco de ideas buenas en sí, pero carentes de la unción que precisan para llegar al corazón de los que escuchan y no solo a su mente.

Es preciso pues, que el predicador sea impregnado del Espíritu de Dios, y su vida sea una confirmación de lo que quiere transmitir al oidor. Es cierto que el que oye con oído bueno capta muchas verdades, pero Dios no quiere solo mentes (que también) sino corazones vueltos hacia Él. Deléitate asimismo en Yahvé, y él te concederá las peticiones de tu corazón. (Salmo 37:4). Sin esa premisa no hay unción.

Si el que habla no lo hace con la unción del Espíritu cuando predica y cuando lo vive él mismo es difícil, si no imposible, que llegue a profundizar en el corazón del que escucha. Una vida es la mejor predicación porque refuerza el espíritu de La Escritura, y llega a las almas en las mejores condiciones para establecerse en ellas, cuando el que habla es un ejemplo fiel para sus oyentes.

Es así, que un predicador de pobre palabra, es mejor entendido por sus oyentes, porque la persona que habla es conocida por su piedad y su trabajo en la obra del Señor. Eso llega a las gentes. De predicadores que tan pronto abandonan el púlpito se olvidan de su misión y dejan una sensación de sequedad en los oyentes, ya estamos saturados. El Señor busca más bien corazones que mentes, por muy cultivadas que sean estas últimas. Hacen falta vidas entregadas, más que grandes predicadores.

Si el predicador no es respetado por su comportamiento en cualquier situación no conectará con sus oyentes. El que busca a Dios, lo encuentra antes en una persona

que predica con el ejemplo que los "picos de oro" que pululan por muchas congregaciones, y son con sus vidas descuidadas un freno para la extensión del mensaje evangélico y para el arraigo de este en los corazones de los que buscan a Dios.

Rafael Marañón  
AMDG